

# IDENTIDADES, TERRITORIOS Y CONFLICTOS: HACIA UNA ANTROPOLOGÍA CONTEXTUAL E HISTÓRICA EN EL CAUCA, SUR DE COLOMBIA

## IDENTITIES, TERRITORIES AND CONFLICTS: TOWARDS OF CONTEXTUAL AND HISTORICAL ANTHROPOLOGY IN CAUCA, SOUTH OF COLOMBIA

Álvaro René Garcés-Hidalgo<sup>1</sup>

### RESUMEN

Este artículo reúne algunos elementos de tipo teórico tomados desde perspectivas antropológicas que tratan de facilitar la comprensión de un hecho concreto a analizar, el fenómeno del conflicto, las identidades y los territorios en el suroccidente de Colombia, puntalmente en el Departamento del Cauca, uno de los lugares de mayor tensión política, social y cultural del país. El texto expone, además de las consideraciones antropológicas, varios aspectos que podrían servir como rutas metodológicas y epistemológicas para abordar tales situaciones. En el documento se desarrollan puntos de reflexión a partir de categorías antropológicas como la alteridad y la identidad, intentando, a partir de estas, generar un marco interpretativo del contexto de esta parte de Colombia. Uno de los objetivos del trabajo es tratar de subsanar las falencias que en términos de investigación se presentan para el caso concreto de esta región del país, pues si bien el conflicto ha sido tratado desde diferentes campos disciplinares, su interpretación y complejidad ha sido más bien poco abordada por la antropología. En síntesis, el artículo intenta una especie de abordaje de la teoría a un estudio de caso que intenta dar a conocer cómo operan fenómenos el colonialismo y otros discursos en una esfera de análisis micro.

**Palabras clave:** Antropología; etnografía; colonialismo; identidad; alteridad y territorio

### ABSTRACT

This article combines some elements of theoretical type taken from anthropological perspectives trying to facilitate understanding of a specific event to analyze the phenomenon of conflict, identities and territories in south western Colombia, specifically in the department of Cauca, one of places of greater political, social and cultural tension in the country. This text also exposes of anthropological considerations, several aspects that could serve as methodological and epistemological routes to address such situations. In the text reflection points are developed from anthropological categories as otherness and identity, trying, from these, generates an interpretive framework of the context of this part of Colombia. One of the objectives of this work is to try to correct the problems in terms of research are presented for the case of this region, because although treated from different, very little has been done from anthropology to respect. In short it is a kind of landing theory to a case study that aims to show how they operate phenomena such as colonialism and other speeches in a sphere of microanalysis.

**Keywords:** Anthropology; ethnography; colonialism; identity; otherness and territory

**Tipología:** Artículo de reflexión

**Fecha de recepción:** 08/03/2016

**Fecha de aceptación:** 21/06/2016

**Como citar este artículo:** Garcés-Hidalgo, A.R. (2016). Identidades, territorios y conflictos: Hacia una antropología contextual e histórica en el Cauca, sur de Colombia. *Jangwa Pana*, 15 (2), 223 - 239

1. Geógrafo. Maestrante en Antropología. Universidad del Cauca. Colombia. Correo electrónico: [garceshidalgo.rene@gmail.com](mailto:garceshidalgo.rene@gmail.com).

## INTRODUCCIÓN

El objetivo de este escrito no es establecer una lectura sociológica del contexto del conflicto (territorial, interétnico, armado) presente en el Departamento del Cauca, el cual se caracteriza por presentar diferentes facetas (presencia de guerrillas, paramilitares, narcotráfico, minería ilegal, entre otras); sino más bien abrir posibilidades teóricas y metodológicas para tratar de intervenir en la comprensión del mismo, tomando como base la importancia de historizar tal contexto y tratando de articular diferentes aspectos relacionados con algunas premisas antropológicas que podrían facilitar un mejor acercamiento al tema.

Ahora, si bien el documento no presenta las características propias de un artículo científico (en el estricto sentido técnico), lo que aquí se propone es más un intento por establecer algún tipo de relación entre diversas situaciones acontecidas en el contexto del conflicto en el Cauca, con algunas consideraciones antropológicas de tipo teórico y metodológico para abordar tal análisis. En resumen, se trata de una especie de aterrizaje teórico a un estudio de caso concreto que refleja en buena medida las dinámicas de operación del colonialismo. En la estructura textual de este escrito se presentan varios *locus* y momentos de reflexión que emergen como entrecruzamientos teóricos y contextuales (o en ciertos casos como adentros y afueras narrativos), los cuales ofrecen una opción metodológica que busca proponer una mirada alternativa sobre el conflicto en la región del Cauca.

A pesar de que el tema a tratar es bastante amplio y quizá unas cuantas líneas no sean suficientes para abordarlo de forma completa, la idea de este escrito, pasa en realidad por contemplar la posibilidad de sentar unas bases de discusión que conduzcan a un descentramiento del “*monumentalismo narrativo*” hasta el momento institucionalizado en el corpus de la “*historia hegemónica*”. Monumentalización para la cual, la

antropología, a partir de su lugar de enunciación y desde tiempo atrás, ha venido contribuyendo en gran medida a la hora de construir las interpretaciones del conflicto en el Cauca. Anotando que por monumentalismo, aquí, se hace referencia a la manera en como el discurso alrededor del conflicto se ha institucionalizado a partir de categorías aceptadas como criterios de verdad; un ejemplo de ello es el problema agrario que se representa como una tensión histórica dada entre campesinos e indígenas ante un sector de la burguesía terrateniente, concepción que debería problematizarse y tratarse con mayor rigor, pues la idea es intentar escapar a las naturalizaciones con que han sido constituido estos discursos.

En consecuencia, lo que aquí se pretende desarrollar como argumento es que desde la antropología y desde algunas categorías que constituyen el discurso antropológico (alteridad, identidad, cultura, poder, etc.), es posible revertir ciertas lecturas y producir dislocaciones en los aparatos narrativos a partir de los cuales se han edificado tales historias en esta región de Colombia.

La idea de escribir este texto dista un poco de hacer un análisis teórico de gran densidad y de aburrida narrativa antropológica, por el contrario, es más un intento por generar reflexiones desde algunas iniciativas propuestas por las mismas comunidades cuando se ven intervenidas por el proceder antropológico. Pues si bien es cierto, la antropología ha intentado comprender e interpretar los fenómenos sociales en diferentes contextos, hoy por hoy, las *comunidades* creen que ha llegado la hora de “quitarle la palabra al antropólogo y al sociólogo” para reflexionar, criticarse, deconstruirse y auto-pensarse.

Es de anotar, que este texto surge a partir de observaciones empíricas recogidas tras años de trabajo como colaborador para diferentes *comunidades* campesinas, indígenas y negras del Cauca; por lo que vale anotar que, detrás de las interpretaciones teórico-antropológicas y de la escritura misma del texto se encuentran las suge-

rencias y lecturas comunitarias relacionadas con las identidades, las alteridades, los territorios y los conflictos. Parafraseando un poco a Michel Rolph Trouillot (2004), este intento, en gran medida, se debe al interés de muchos “invisibles” (que Trouillot denomina Subalternos) por tratar de tornar visibles sus discursos, lugares, imaginarios, voces y memorias. En pocas palabras, por historizar su existencia. En consecuencia, el origen de este escrito, surge de la necesidad compartida por materializar y organizar algunos elementos que desde la antropología tiendan a ofrecer, en un futuro cercano, una contextualización más profunda de los escenarios del conflicto en la región, incorporando las voces y memorias de los protagonistas en este conflicto.

En consecuencia, después de conversar en varios momentos con diversos sectores indígenas, campesinos y afrodescendientes alrededor de estos temas, se propuso, haciendo uso de categorías y teorías antropológicas, escribir estas líneas; porque a pesar que muchas de estas comunidades son de fuerte tradición oral, ellas mismas han empezado a creer que es hora de levantar sus memorias como estrategia política para preservar su historia y su identidad como pueblos originales. Sin embargo, es de anotar que las reflexiones más que derivaciones definitivas del sentir comunitario, *in strictu sensu*, son propuestas o líneas de discusión que buscan construir nuevas rutas para abordar la complejidad del conflicto en esta región de Colombia.

## DISCUSIÓN

### Algunos antecedentes desde la antropología

En los últimos años, probablemente se ha escrito un buen número de trabajos relacionados (de forma directa e indirecta) con la interpretación del conflicto en el Cauca (Taussig, 1987; Villa, Houghton, Mesa & Molina, 2004; Oslender, 2003; Findji, 1985; Ruiz, 2000; Gonzales, 2006;

Rappaport, 2000; Porto, 2014; Vasco, 1989; entre otros), muchos de los cuales vinculan la importancia de efectuar lecturas transversales sobre los conflictos, interpretados como condiciones históricas de relaciones asimétricas y disputas de poder que se expresan sociológica, política y territorialmente (Oslender, 2000). Como lo insinúa Villa (2004) “Tales lecturas, desde la mirada antropológica, deberían ser *interpretadas bajo un marco relacional del análisis de las diferencias identitarias y territoriales [ ] que permitan reconstruir una radiografía aproximada a la realidad del contexto*” (p. 220).

Sin embargo, pese a la existencia de tal producción académica, queda un sinsabor y un grado de incertidumbre en relación con la intencionalidad y la profundidad de lo escrito y hoy por hoy, ante los ojos de aquellos que cotidianamente viven los conflictos (individuos y *comunidades* a quienes la producción intelectual y literaria generalmente poco interesa), este tipo de elaboraciones teóricas e interpretativas, muchas veces carecen de sentido y/o no ofrecen respuestas concretas a sus demandas y poco o nada ayudan a la transformación de los escenarios sociales. Lo escrito pierde entonces, por esa misma vía, su poder y aparente benevolencia.

Al respecto, la antropología ha tenido un acercamiento incipiente en torno al tema en el Cauca, dedicándose más a las descripciones típicas del orden de la etnografía clásica (estudios contextuales de caso y reconstrucciones de memorias lineales) que a tratar de efectuar un verdadero ejercicio de interpretación crítica de la realidad étnica, cultural y política del conflicto, las alteridades y las territorialidades. A diferencia de los trabajos de los autores mencionados líneas atrás, cuyos desarrollos se proponían interpretar o comprender, desde diversas disciplinas y perspectivas, el complejo mundo de la cultura en un contexto de conflicto de variada índole, la debilidad de los estudios antropológicos ha radicado en su imposibilidad de considerar el conflicto en todas sus dimensiones y sistematicidad, centrándose generalmente en una interpretación cultu-

ralista del mismo y de los efectos que produce sobre lugares y poblaciones específicas, lo que deja de lado la capacidad de comprenderlo en su integralidad, ejercicio que implica no solo una consideración antropológica sino también discursiva, histórica y política que supera necesariamente el puro análisis contextual. Asimismo, so pretexto del distanciamiento científico y la mirada académica neutral, en muchos casos se ha negado la vinculación del compromiso político en los trabajos antropológicos, lo que en últimas, a nuestro parecer, genera una lectura parca e incompleta del tema.

Frente a este último punto, con unas pocas excepciones, como el caso de Luis Guillermo Vasco (1989), los intentos de compromiso político en la producción etnográfica han sido encapsulados bajo el rotulo de las etnografías militantes (Gnecco & Gómez, 2011), nominación que, al parecer causa estupor entre muchos partícipes de un “legado disciplinar que emerge paralelamente con el colonialismo” (Restrepo, 2011, p. 76). Actualmente, pese al avance teórico de la disciplina en materia de politizar el quehacer antropológico y hacer de la práctica etnográfica una posibilidad para reivindicar las demandas sociales; con muy pocas excepciones, la mayor parte de los antropólogos en esta región trabajan más como asistentes gubernamentales que como verdaderos actores actuantes en el orden de las reivindicaciones de los sujetos subalternos.

### ¿Es necesario historizar los estudios antropológicos?

La pregunta nos remite a ciertas elaboraciones teóricas que probablemente podrían responderla con mayor relevancia. En la década de los sesenta, los antropólogos de *Chicago Press*, Jhon & Jean Comaroff, revolucionaron la teoría antropológica convencional al proponer una lectura antropológica de la historia, propuesta que se condensa de manera fascinante en su obra *Ethnography and*

*Historical Imagination* (1992). Trabajo fundamentalmente enfocado a reformular los métodos etnográficos que hasta el momento habían sido empleados por los antropólogos para adelantar investigaciones de tipo historiográfico. El núcleo vertebral de la propuesta radical de los Comaroff, se sustenta sobre la base de la comprensión de las historias de los subalternos (en plural), comprensión que necesariamente atraviesa el contexto mismo del colonialismo, el cual según los autores, ha operado como agencia productora de las alteridades a lo largo de la historia colonial.

Para los Comaroff, era preciso y necesario entender antropológicamente las historias mismas de los sujetos subalternos en relación con la historia “legítima y hegemónica” de Occidente. Alteridades, discursos y poder, aparecen en la propuesta de los autores como una triada conceptual necesaria hacia un completo abordaje antropológico de la historia. Ahora, si bien su propuesta no era simplemente un acercamiento disciplinar a la historiografía tradicional y a sus métodos, ésta tampoco prescindía de las bondades de la disciplina historiográfica y por el contrario, proponía edificar a partir del empleo de este tipo de herramientas y básicamente desde la etnografía, un descentramiento de las formas en cómo los sujetos subalternos hasta el momento habían sido narrados por Occidente. En ese orden, de acuerdo con los Comaroff, la posibilidad de historizar las intervenciones antropológicas no era simplemente una jugada teórica, sino más bien una jugada política en la teoría, una verdadera apuesta ética encaminada a crear condiciones ideales entre las diferencias y la riqueza de las contradicciones culturales y políticas de Occidente y de las gentes que habitaban fuera de él, sus alteridades constitutivas. Su propuesta, aparentemente subversiva, apuntaba a revertir el orden establecido por el colonialismo en los discursos y las prácticas hegemónicas, sin desconocer que existe un complejo fenómeno de complementariedad y totalidad entre los mundos dentro y fuera del colonialismo.

Una de las falencias identificadas por los Comaroff en el proceder etnográfico, fue la imposibilidad de ver la totalidad del complejo mundo de la cultura y su afán racionalista por establecer unos límites demarcables por la dicotomía entre lo que debía ser o no la ciencia. A propósito comentan como:

Existe una problematización del dualismo entre la historia y pseudo-historia tal como la concibe la antropología desde la lectura de occidente [ ] La historia y la etnografía siguen siendo insulares [ ] los antropólogos aún se empeñan en mantener la separación entre lo local y lo global [ ] se producen narrativas locales sin tener en cuenta los contextos globales [ ] la etnografía se dedica a las memorias locales y la historia a las lecturas globales. (Comaroff & Comaroff, 1992, p. 6).

La propuesta de los Comaroff ponía en la etnografía un lugar central en esta dislocación, porque ésta además de método, se presenta como una salida viable para la construcción epistemológica y política de un discurso emergente desde la subalternidad, una especie de reversión del orden de los discursos alrededor del sujeto y de la alteridad.

Ahora bien, la importancia que revierte este tipo de lecturas para el propósito de este escrito, se condensa en el hecho de la posibilidad de ofrecer un marco de análisis reflexivo frente a los acontecimientos históricos y territoriales del conflicto en el Cauca; algo que hasta el momento han pretendido hacer algunos investigadores al acotar conceptos como *historiografía del conflicto* o *geografías del terror y la violencia*. No obstante, si bien la propuesta teórica y política de los Comaroff ofrece una amplia lectura del colonialismo en África (fundamentalmente en Mozambique, durante el Apartheid), parangonada con el contexto regional del conflicto en el Cauca pone al descubierto perspectivas relevantes, tanto a nivel teórico como metodológico, que

podrían conducir hacia resultados importantes al respecto.

Quizá uno de los elementos más valiosos en esta apuesta teórica denominada “antropología histórica” se sustenta sobre el hecho que aparece como un movimiento de constantes traslapes que van desde lo teórico y metodológico hasta lo eminentemente político en el ámbito de la acción investigativa, ofreciendo bajo esa línea la posibilidad de problematizar el colonialismo a través de la edificación de unas nuevas “historias”, lo que pasaría a ser uno de los primeros pasos en ese camino hacia la reversión de los discursos hegemónicos de la historia. Por cierto frente a lo que comprende la intención de problematizar el conflicto étnico, político y territorial en el Cauca (entendido como un efecto directo del colonialismo), uno de los propósitos de este artículo es plantear la necesidad de reactivar a partir de ejercicios de memoria y relatos orales, mecanismos políticos y sociales que problematicen las maneras en como los sucesos violentos, los juegos de poder y la marcación de las alteridades han sido construidas por los aparatos discursivos del colonialismo y del contexto mismo del conflicto. Buscando con esto, “la emergencia de otros relatos” (Trouillot, 2004, p. 49) y la construcción de proyectos políticos agenciados desde la lucha por la reafirmación política y cultural de los grupos subalternos.

Frente a los ejercicios de memoria, los Comaroff enfatizan sobre la necesidad de generar un reposicionamiento de esta y de las formas en cómo esta es construida tanto a partir de posturas “oficiales y no oficiales” (Comaroff & Comaroff, 1985, p. 236), como de su importancia en el ámbito de lo individual y lo colectivo. Porque según se sobreentiende, es necesario comprender que dentro de los contextos de violencia y conflicto, la memoria social se encuentra fundamentalmente ligada a los procesos de resistencia política, social y étnica que emergen como respuesta a las tensiones y presiones que producen el modelo colonial o hegemónico. En ese orden, toda acción que implica





una presión sobre un grupo humano desencadena, con el paso del tiempo, una respuesta social y política que implica necesariamente un ejercicio de memoria social. En el Cauca, por ejemplo, este ha sido el lema de organización y de lucha de muchas organizaciones sociales (fundamentalmente indígenas y negras), las cuales sustentan y defienden sus procesos alrededor de la idea del “reconocimiento y reparación” de una deuda histórica que la sociedad nacional y el estado colombiano tenemos para con ellos, deuda que tarde o temprano debemos saldar. Algunos de estos procesos son de conocida data como el caso de la conformación del Consejo Regional Indígena del Cauca CRIC y el de Autoridades Indígenas de Colombia Gobierno Mayor Regional Cauca, otros más recientes son los de las comunidades negras agrupadas en UAFRO (Unidad Afrocaucana) y CORPOAFRO (Corporación de Organizaciones Afrodescendientes del Valle del Patía).

Desde la antropología histórica se apunta hacia la comprensión de la totalidad del fenómeno colonial; aspecto que para el propósito de analizar nuestro contexto regional resulta primordial, más aún si se pretende abordar antropológicamente el escenario del conflicto en todas sus facetas. Escenario que al momento ha sido leído y contado desde una “única narrativa histórica”, tradicionalmente establecida por la historiografía oficial del Estado colombiano, narrativa que niega la posibilidad de existencia de “otras historias” y constituye alteridades negadas y deshistorizadas. De hecho, frente al contexto regional de conflicto, la reflexión antropológica debe apuntar a comprender que existen una serie de prácticas mediadas por el poder que agencian y producen aparatos de control ideológico y político, las cuales actúan de forma directa sobre la producción de alteridades estratégicas, controles territoriales y desarticulaciones de discursos subalternos (demandas políticas, sociales, identitarias, etc.).

En el Cauca, al igual que en otros lugares, este tipo de prácticas se ejercen a partir de un complejo enmarañamiento de relaciones de poder que se

materializan a través de acciones de terror y de control sobre los lugares donde habitan las comunidades más vulnerables (fundamentalmente campesinas, indígenas y negras). En ese mismo contexto, el accionar del “aparato hegemónico” y sus prácticas responde a las demandas particulares por el control y dominio geoestratégico y geoeconómico de territorios por parte de grupos armados, narcotraficantes, multinacionales y el Estado. Lo anterior, además de las implicaciones sociales del caso, desde el punto de vista antropológico implica una negación del “otro”, de la alteridad que se presenta (o se hace aparecer representada) como incapaz de articularse al discurso dominante, es una “invisibilización del sujeto”, una especie de “masacre simbólica de la diferencia”.

Con lo anterior, al parecer, la respuesta a la pregunta inicial relacionada con la necesidad de historizar los estudios e investigaciones antropológicas estaría dada.

## **El poder de las identidades en los escenarios de conflicto étnico-territorial**

En este ejercicio de aparente invisibilización de la alteridad, producido en el contexto histórico de un conflicto casi permanente en esta región de Colombia, el papel político que juega la emergencia de la identidad, no sólo como marcador político o racial, sino también como mecanismo de activación ha sido relevante a la hora de establecer jugadas políticas y estrategias de resistencia activa y discursiva. Frente a esto, el antropólogo Eduardo Restrepo (2011) menciona cómo, de alguna manera, la identidad no es un factor exclusivamente referido a una característica o una clasificación *per sé* y al igual que la memoria social, tal y como se señaló líneas atrás, la emergencia o constitución de la identidad se encuentra ligada a relaciones de poder donde las prácticas de poder hegemónicas conllevan respuestas de resistencia política (Restrepo, 2011). Estas respuestas son las que finalmente consoli-

dan las identidades propias y ponen en tensión las otras formas que cobra la identidad, por ejemplo, a aquellas que han sido cobijadas dentro de los discursos identitarios o nacionalistas a partir de las constituciones políticas.

En otras palabras, Restrepo nos recuerda cómo las identidades constituyen canales articuladores de las demandas sociales por el poder; en ese orden se producen las emergencias de las mismas, fundamentalmente a partir de factores coyunturales que aparecen casi naturalizados y organizados en los discursos y las prácticas de resistencia étnicas y políticas. Por esta “*vía identitaria*”, se posibilita establecer alianzas de resistencia entre diferentes actores, muchas de estas alianzas algunas veces impensables en contextos y situaciones históricas diferentes. Desde la identidad se construyen las diferencias, pero también se establecen los puntos nodales de las demandas sociales.

En el Cauca, por ejemplo, el proceso mismo de convergencia de las luchas sociales agrarias de la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos ANUC en los 60, el cual surge a la luz de un proceso que buscaba una reforma agraria nacional y del que posteriormente se desprende y origina el Consejo Regional Indígena del Cauca CRIC en los 70 (organización que reúne las demandas de los pueblos indígenas), y las movilizaciones de las “Mingas de Resistencia” de finales de los 90, aparecen en la historia de esta región como “*alianzas*” que parten desde las diferencias políticas de diversos actores étnicos. Tales alianzas, a partir de sus mismas diferencias, potenciaron un proyecto político en el que la territorialidad y la identidad han sido sus banderas de lucha. Cuestión que al parecer sucede gracias al papel de la identidad y su poder para canalizar y darle sentido a las demandas y agenciamientos sociales, acciones en las cuales los sujetos políticos no sólo se manifiestan, sino que además se ven auto-representados, identificados (Restrepo, 2011). Por esa vía, la denominada emergencia de las identidades, estaría mediada y constituida por esa constante presencia de relaciones asimétricas

de poder, de ahí que los movimientos sociales de resistencia que buscan revertir la asimetría de tales relaciones, empleen en muchas ocasiones entre sus herramientas los discursos identitarios.

Las identidades son innegablemente construcciones históricas colectivas que amalgaman los imaginarios de los grupos humanos que las construyen, y a pesar de sus condiciones aparentemente estables, se someten constantemente a transformaciones que obedecen a múltiples factores (coyunturas políticas, económicas, sociales etc.); al interior de tales transformaciones existen unos “*limbos narrativos*” que actúan como vacíos históricos y que generalmente pasan desapercibidos a la hora de emprender los estudios sobre la identidad. En ese sentido su abordaje epistemológico debe entrar a considerar con filigrana la maleabilidad de las identidades, sus emergencias históricas y sus silencios constitutivos. A propósito, Restrepo siguiendo a Lawrence Grossberg (quien se acerca en cierta medida a las propuestas de Stuart Hall y Michel Rolph Trouillot), plantea la necesidad de identificar los silencios históricos desde los cuales se han producido los marcadores identitarios, destacando la importancia de intentar incorporar la interpretación de los “*silencios narrativos*” en los estudios sobre las identidades y, por la misma línea, de interpretar discursiva y etnográficamente los contextos y momentos en los cuales se producen tales silencios (Restrepo, 2011), lo cual correspondería, tal como se mencionó anteriormente, con la necesidad de la emergencia de las memorias históricas subalternas y la constitución de otros discursos y narrativas de la historia.

Por esa misma vía, la identidad juega un papel importante a la hora de reconstruir procesos históricos sustentados en las memorias sociales de los grupos subalternos. En el Cauca, en la región de Tierradentro, corazón del territorio Nasa en el oriente del Cauca, los trabajos de Joanne Rappaport (2000) con el pueblo Nasa sobre el papel político de la memoria impulsaron una serie de movilizaciones identitarias que convergían

en un sitio común, la reivindicación política. En estos ejercicios, la fuerza de la memoria social, reconstruida a partir del canal ideológico identitario, resultó fundamental para identificar y establecer derroteros políticos de reivindicación y resistencia por parte de los Nasa, constituyendo rutas políticas que emergen a partir de sus luchas ancestrales y del significado que estas adquieren en el contexto de futuras luchas.

Rappaport (2000) menciona cómo, por ejemplo, en el ejercicio de la reconstrucción de la memoria política y la defensa del territorio y la cultura, el pueblo Nasa de Tierradentro ha empleado muchos elementos que sustentan y revalidan las enseñanzas de sus héroes culturales, enseñanzas que se enraízan y se enredan entre elementos metafóricos y poéticos en los cuales se hace casi imposible identificar la lógica de la realidad narrativa, los tiempos cronológicos y los espacios geográficos del *mundo de afuera*, el mundo de occidente. Entre los Nasa, estos tiempos y espacios se revierten, el pasado es futuro, y según Gómez & Ruíz (1997) el territorio toma vida, la gente se vuelve territorio y el territorio gente, la historia no es posible de narrar en abstracto, para ello se requiere caminar, *caminar la palabra*. La memoria, la palabra y el territorio por su condición indivisible conforman la columna vertebral de la identidad y la cultura Nasa. Lo anterior sucede según Rappaport (2000) porque,

En la memoria indígena y la narración oral, no existe el tiempo cronológico, se confunde lo que es antes y lo que es después, pasado y presente, no sabemos qué aspectos de la realidad hacen parte del mundo natural y cuáles del sobrenatural, estableciendo una lógica y orden del discurso completamente diferente al elaborado bajo la concepción occidental del término. La historia de los pueblos indígenas andinos del Departamento del Cauca, es una mezcla de elementos metafóricos, vivencias prácticas y de interpretación, simbolización y uso de la naturaleza [ ] allí radica su fuerza política. (p.96)

Lo que Rappaport afirma, no es algo novedoso a la hora de plantear los ejercicios de memoria como estrategia de reivindicación política. Para la antropología, los Comaroff ya lo habían planteado en los 60 alrededor del misticismo y las prácticas simbólicas de los “Guerreros Naparama” en Mozambique durante el Apartheid. Lo importante de esto es poder comprender cómo toda esta lógica de interpretación metafórica del mundo andino por parte de muchos pueblos indígenas, activa y reafirma el valor de la identidad, la cual se sustenta sobre principios que distan significativamente de los valores y valoraciones de occidente frente a las formas de relacionarse con el mundo y con los sujetos semejantes. Allí la identidad, a partir de estas “otras concepciones de mundo” encuentra su funcionalidad y su nicho de permanencia.

En el caso de las comunidades negras del Pacífico Caucaño, la importancia de la correlación entre memoria e identidades es destacada también por Agier & Quintín (2003) cuando mencionan, cómo las emergencias identitarias de estas comunidades, se encuentran ligadas de alguna manera a –marcadores territoriales de memoria– que legitiman y a la vez diferencian estas identidades de otras y frente a otros contextos, cuestiones estas que quizá para nosotros resultarían similares. A mi modo de ver, esto sucede al observar, por ejemplo, las identidades de los pueblos del Pacífico, cuya relación *simbiótica* con el medio acuático les da su carácter particular, casi que elevándolos al estado de sociedades totalmente identificadas con el medio natural; esto quiere decir que para estas gentes, entre la naturaleza, la identidad y la cultura existe una relación de interdependencia, en la cual el ser humano no se puede concebir sin su territorio, sin su río que es a la vez fuente de su cultura y permanencia. El territorio resulta entonces indivisible, al igual que la idea de identidad. En contraste, para el caso de aquellas comunidades negras que habitan en los territorios de los valles interandinos, esta concepción varía notablemente; lo anterior en razón de que pese a estar también cerca de los ríos (valles de los ríos



Patía y Cauca) lo que más bien se mantiene con ellos, es una cercanía funcional, en la cual el río es otro componente más del medio natural que en ocasiones sirve a los intereses humanos y en otras no.

En la misma región del Pacífico Caucaño, el trabajo del geógrafo Ulrich Oslender (2003) adelantado con comunidades negras de varios ríos, se sitúa sobre un marcador referente, “la negritud”; identidad que según el autor aparece territorializada, lo que implica una compleja amalgama de interacciones políticas, culturales y ecológicas. En sus investigaciones, la potencia de la memoria geografizada ubica un referente material de afianzamiento para unas identidades que treinta años atrás ni siquiera aparecían en los imaginarios colectivos de la gente negra. Según Oslender (2003), uno de los mecanismos disparadores de la emergencia identitaria (después de la Ley 70, la cual concedió derechos especiales a las comunidades negras en Colombia) fue el conflicto armado y especialmente la arremetida de los grupos paramilitares, que desde el año 2000 ingresaron a la zona cometiendo diversos atropellos y acciones sistemáticas de violencia. En consecuencia, la respuesta de las comunidades negras (y en menor medida indígenas) se situó sobre unos referentes de identidad, ancestralidad y respeto a sus territorios y costumbres que aparecía como un mecanismo de rechazo hacia los actores del conflicto.

Cosa similar sucedió con el *boom* de la resistencia civil protagonizada por comunidades mestizas y campesinas de Bolívar, Cauca, e indígenas de Caldono y Jambaló en contra de las cruentas arremetidas de las FARC a estos municipios entre los años 2002 y 2003, donde la capacidad de convocatoria de la identidad parecía cobrar sentido en estas circunstancias, logrando frenar por buen tiempo las acciones bélicas de este grupo armado en estas regiones.

No obstante todo lo anterior, la capacidad de las identidades también tiene sus límites. Brubaker

& Cooper (2001) afirman que se debe tener cierta precaución en el empleo de la identidad como categoría de análisis antropológico, su sugerencia parte del hecho de entender que la identidad, es empleada en diferentes contextos por actores diversos. Si bien desde la “práctica” como lo mencionan los autores, los grupos subalternos hacen uso de la identidad en diversas circunstancias, así mismo, la identidad ha sido tomada por los grupos hegemónicos como una estrategia para justificar las diferencias (sociales, económicas, políticas, raciales, etc.) o como un marco de entendimiento para negociar posiciones de poder con otros grupos sociales; lo anterior conlleva a que generalmente las identidades también se presten como lugares de enunciación de discursos que fomentan la pervivencia de los privilegios de clase y del *statu quo*.

Lo anterior resulta problemático si se acepta que no solo los grupos subalternos son los agentes constitutivos de las identidades. En el mundo contemporáneo, el papel de transformación social lo sigue asumiendo el Estado Nación, fundamentalmente desde las políticas de desarrollo que se condensan en las constituciones nacionales a partir de las cuales en ocasiones se agencian las políticas identitarias que generalmente responden a los intereses del Estado en detrimento de las demandas sociales (Rojas & Barona, 2012). En este ejemplo, las identidades operan paralela y funcionalmente más por estímulo de movimientos externos que por verdaderos agenciamientos sociales.

En el Departamento del Cauca, en el marco del conflicto, el Estado ha empleado diversas vías para hacer de las identidades una carta a su favor. La fragmentación materializada en las confrontaciones entre comunidades es notoria y cada vez más recurrente. La racialización de la identidad como estrategia para dividir, ha funcionado en muchos lugares, y en este momento existen conflictos interétnicos entre poblaciones campesinas e indígenas, (en municipios como Inzá, Páez, Bolívar, La Vega, Piendamó, Corinto, Caloto y

Almaguer) por cuestiones territoriales, sobre todo en áreas sobre las cuales la “locomotora minera”, en el marco de las políticas de desarrollo nacional, avanza “a toda máquina”. En este proyecto geopolítico, las identidades han jugado un rol fundamental tanto desde la estrategia del “divide y reinarás”, como desde las respuestas de resistencia política y cultural frente a ello.

La identidad, en resumen, se erige como una vía que puede ofrecer respuestas teóricas y políticas para interpretar situaciones de conflicto y violencia en regiones acechadas por estos fenómenos. Por tanto, desde la antropología, es menester explorar etnográficamente cómo operan las identidades en este tipo de contextos, donde la ambivalencia de las mismas, puede servir tanto para reivindicar derechos y luchas políticas subalternas como para conservar el statu quo colonial.

## El juego de la alteridad

Esteban Krotz (1994) ubica el punto de la génesis de la alteridad en el contacto cultural, algo que él mismo denomina “*el lugar de la pregunta antropológica*” (1994, p. 6). Si bien el autor no enfatiza sobre el momento preciso de tal emergencia, da pistas que conducen a pensar que la alteridad aparece como producto derivado del fenómeno colonial, o en su defecto crece gracias a él. Por cierto, frente a este aspecto de la pregunta antropológica por la alteridad, Krotz comenta cómo esta “se dirige hacia aquellos, que le parecen tan similares al ser propio, que toda diversidad observable puede ser comparada con lo acostumbrado, y que sin embargo son tan distintos que la comparación se vuelve reto teórico y práctico” (Krotz, 1994, p.9).

Lo que Krotz de alguna manera parece indicar es que la alteridad surge de una situación comparativa que se produce en términos cronológicos y de historia civilizatoria, tal como Vico concebía la historia en sus tres etapas, salvajismo, barbarie, civilización. Él mismo autor destaca la importancia del contacto cultural establecido

por los viajeros y mercaderes que acudían a “los confines oscuros del mundo” (Conrad, 2002) en la constitución de la alteridad, del “otro”.

Desde la literatura, Joseph Conrad (2002) en su obra *El Corazón de las Tinieblas*, ilustra bellamente el encuentro cultural a través de su exquisita pluma, permitiéndonos entender la manera en cómo el colonialismo crea y a la vez desconoce al “otro”, al colonizado, al diferente, al *salvaje*, a aquel que vive en las tinieblas, al *canibal*, al sujeto de asombro, pero a la vez de temor, al sujeto *sin posibilidad humana, sin historia*. En uno de los pasajes de su espectacular novela relata fielmente dicho “Encuentro cultural”.

La tierra parecía algo no terrenal. Estamos acostumbrados a verla bajo la forma encadenada de un monstruo dominado, pero allí podías ver algo monstruoso y libre. No era terrenal, y los hombres eran...No, no eran inhumanos. Bueno sabéis, eso era lo peor de todo, esa sospecha de que no fueran inhumanos. Brotaba en uno lentamente. Aullaban y brincaban y daban vueltas y hacían muecas horribles; pero lo que estremecía era pensar en su humanidad (como la de uno mismo), pensar en el remoto parentesco de uno con ese salvaje y apasionado alboroto. (Conrad, 2002.p.72)

Trasladado a nuestro contexto, aquel sujeto es el indio y el negro que se niega a vivir como el sujeto occidental (moderno), a ser y existir como los civilizados y sofisticados administradores coloniales londinenses del Congo Belga de la novela de Conrad.

Conrad (citado por Gnecco, 2011) permite hacernos una idea de cómo en la emergencia de las alteridades, el tiempo cronológico de la historia occidental y la impronta evolutiva que le daba sentido al racismo colonial, se constituían en el “aparato vertebral” a partir del cual se produce la alteridad de Occidente. Gnecco (2011) señala cómo en la construcción discursiva del colonia-

lismo se geografizó y temporalizó la alteridad, situando y midiendo lugares, pueblos y épocas alrededor de la matriz discursiva modernidad-premodernidad-occidente-y los otros. Es decir, que de alguna manera se institucionalizó la diferencia a partir de la cual el sujeto colonial pudo “medir, clasificar y cuantificar” la diferencia, la alteridad. Todo lo que quedaba fuera de tal matriz occidente-modernidad era propio de constituir por fuera del “Yo propio”. Así, tiempo, espacio y cultura fueron y siguen siendo medidos por esa misma vía; y el Estado moderno (colonial) en buena medida ha sido uno de los grandes responsables de esto al crear, emplear y consolidar categorías comparativas que refuerzan la condición colonial desde las políticas raciales y de desarrollo, estas últimas insertas perspicazmente al interior del grosso de las políticas públicas de estado.

En el punto anterior, Gnecco (2011) acierta al introducir el aspecto espacio-temporal de la modernidad, que aparece como un mecanismo constitutivo de la alteridad al permitir la comparación entre el Yo moderno y el Otro; pese a ello no es el único en observar las necesarias relaciones de tiempo y espacio en la eclosión de las alteridades. Sin referirse de manera puntual a la alteridad, Gupta & Ferguson (2008) aseguran que “El espacio mismo se constituye en una especie de plano neutro sobre el cual se inscriben las diferencias culturales, las memorias históricas y las organizaciones sociales” (p. 178). Sin embargo, los mismos autores llaman la atención sobre la manera en cómo en los estudios de la cultura y las identidades, el referente espacial aparece más como una categoría denominativa que de análisis, y en ese sentido muchos de los estudios antropológicos prescinden de la importancia de generar, además de una interpretación culturalista, una interpretación sistemática del contexto sobre el cual se reproduce la cultura y las identidad (Gupta & Ferguson, 2008).

Con la aparición de las nuevas etnografías que proponen “novedosos” abordajes que implican interpretaciones contextuales-literarias, el len-

guaje narrativo encriptado en la escritura poética de las mismas, también mostró la importancia de tales relaciones. En estas etnografías el papel de la alteridad y su relación con contextos históricos, económicos y naturales reaparece y cobra un sentido profundo al tornarse más comprensible a los ojos de los no expertos en temas y lenguaje antropológico. En diversas obras como los trabajos de Richard Evan Schultes & Wade Davis (2004), Nigel Barley (1989) y Michael Taussig (1987), la alteridad aparecía una y otra vez amalgamada y entrecruzada entre notas de campo, paisajes, fotografías, y fragmentos de sucesos y anécdotas acontecidos en el encuentro permanente entre el antropólogo y los “otros”.

En la obra de Michael Taussig (1987) sobre el contexto colonial y de terror promovido por la empresa geoeconómica cauchera del Alto Putumayo “Casa Arana”, el autor presenta un análisis de la manera en cómo el colonialismo se institucionaliza y legitima a partir de una serie de prácticas que subordinan y construyen a los “otros”, desde un complejo escenario de relaciones de poder entre el “amo o patrón” y el esclavo o el “deudor indígena”. Para Taussig, el discurso colonial se territorializa y materializa en un eje geográfico y sociocultural, el cual determina y marca la historia de los sujetos colonizados y colonizadores a partir de un escenario geoeconómico mediado por el acceso al poder y al dominio de las relaciones sociales de producción establecidas alrededor de la explotación de la *Hevea Brasiliensis*.

El trabajo de Taussig (1987) en el Putumayo, quien por cierto también pasó un buen tiempo elaborando este tipo de reflexiones en las plantaciones de caña del Norte del Cauca, trasladado a nuestro contexto sirve sobremanera para la interpretación antropológica del conflicto. Lo anterior porque refuerza teóricamente la hipótesis de existencia de un modelo colonial que opera social, histórica y territorialmente. A propósito, partiendo de tal afirmación, para el Cauca, se debe reconocer entonces que en los territorios donde habi-

tan las minorías étnicas, con las implicaciones de los juegos y las relaciones de poder introducidas por fenómenos como el narcotráfico, al conflicto armado y los intereses de las multinacionales que impulsan las economías extractivas de recursos naturales, se ha estructurado un modelo geopolítico y geoeconómico de ordenamiento territorial, cultural y social asociado principalmente al terror, la violencia, el desplazamiento y aniquilación física o cultural de aquellas personas que no se alinean con el “paquete” ideológico colonial.

En consecuencia con lo anterior, se hace necesario tratar de interpretar con filigrana las complejidades del conflicto, partiendo del empleo de la alteridad como categoría interpretativa y de análisis. Esto, desde el punto de vista epistemológico para la disciplina antropológica, se constituye en una urgente tarea que pasa por apuntar a revertir el orden de los relatos y las relaciones de poder que han contribuido a edificar las narrativas de las historias oficiales para dar paso a otras formas de contar las historias, buscando establecer una lectura anti-orden “saber-poder”, para parafrasear un poco a Walter Mignolo (2000). Este giro implica una jugada política desde la historia en las investigaciones de antropología y antropológica en la historia de la política, puesto que genera una nueva manera de recrear los contextos históricos en la medida en que se concede el poder político a los relatos y memorias subalternas y se produce un desplazamiento de la historiografía oficial estatal y académica (Gnecco, 2011), generando así una fractura epistemológica que se concreta en un desplazamiento desde la historia (en singular) hacia las historias y específicamente hacia las memorias sociales.

### **El contexto del conflicto y las posibilidades de la antropología**

El eje histórico del conflicto en esta región de Colombia presenta al menos unos escenarios posibles de demarcar con cierto grado de certeza. El primero de ellos, enmarcado en un proceso de desterritorialización impulsado por parte de

grandes hacendados y propietarios agrícolas que durante años han organizado ejércitos privados y alianzas estratégicas con fuerzas regulares e irregulares para controlar los valles fértiles de los ríos más representativos de la región, buscando establecer con ello un modelo territorial basado en la premisa de la economía agroindustrial extensiva, modelo asociado fundamentalmente a los monocultivos de caña de azúcar, palma de aceite, café, espárragos, fique, cacao, soya y ganadería extensiva. Lo anterior ha creado las condiciones ideales para la instalación de un discurso neocolonial sustentado sobre la entrega de concesiones a empresas nacionales y extranjeras que buscan la explotación de estos territorios, sus recursos y riquezas ambientales. En estas regiones, es a través de este mismo modelado territorial como se alcanza el mayor grado de aprovechamiento de mano de obra barata y explotación laboral. Este proceso, en sus características extractivas, de explotación y permanencia histórica, no se aleja de los análisis de los Comaroff & Comaroff (1992) para Mozambique, de Conrad (2002) para el Congo Belga o de Taussig (1987), Casement (1913) y Rubuchon (1907) para el Putumayo.

En el Cauca, este escenario geoeconómico lleva el sello de la impronta neocolonial que se edifica a partir de la demagogia del desarrollo económico impulsada por las políticas estatales de los años 50, momento en que se incorporan a la ideología estatal políticas progresistas y desarrollistas como urgencias manifiestas encaminadas a combatir la pobreza y el subdesarrollo en Colombia. Esto acontece en razón de las intervenciones del Profesor Lauchlin Currie y David Lilienthal, dos prestigiosos planificadores del modelo de desarrollo territorial americano que llegaron a Colombia encargados por el gobierno americano de turno para asesorar y agenciar “la modernización del país”. Lilienthal (citado por Escobar, 2007 y Urán, 2008) adelantó su trabajo de consultoría en el año de 1954, dicha intervención fue financiada por el gobierno colombiano y la Fundación Rockefeller y contó con el apoyo técnico de la Corporación *Tennessee Valley*



*Autorithy*. Este ejercicio, para el caso concreto del Cauca, dio origen a uno de los proyectos regionales de planificación que durante años sirvió de “modelo piloto” para muchos países del mundo, el sistema de planificación de cuencas hidrográficas que se materializó con el nacimiento de la primera Corporación Regional de Colombia, la CVC. Este, como era de esperar, trajo consigo no sólo el progreso y el desarrollo económico para los municipios del Norte del Cauca y del Sur del Valle, sino también, una serie de conflictos y tensiones entre campesinos, negros, terratenientes y las grandes empresas que empezaban a instalarse en esta zona.

En este punto, lo que interesa es el análisis del papel que juega la constitución de las alteridades en un proceso de ingreso forzado de la “modernidad o hacia la modernidad”. Frente a ello Gnecco (2011) afirma que si bien durante el fenómeno colonial las alteridades fueron subyugadas y mantenidas bajo un evidente sistema de exclusión y relaciones asimétricas de poder, “*la modernidad demandó su inclusión retórica a partir de una ética igualitaria*” (p.11). Esta situación generó que muchos sectores de la sociedad que nunca se habían identificado como pueblos o etnias, como en el caso del campesinado, empezaran a generar reclamos políticos sustentados en la necesidad de empezar a ser reconocidos como sujetos étnicos, ello en razón que suponían que, el reconocimiento per sé, garantizaría una equidad frente a los pueblos indígenas o las comunidades negras, cosa que no fue así, pues estas últimas habían logrado ser reconocidos más por las vías de la lucha y la conquista política que por acción estatal.

Gnecco (2011) acudiendo a Enrique Dussel, reitera que precisamente uno de los mecanismos constitutivos más notables de la modernidad es precisamente la violencia. Pero no se trata de una violencia de cualquier tipo, sino de una forma silenciosa instituida a partir de la concepción moral del mundo y de la vida (características claves del proyecto moderno). Bajo dicha “noción

moral” se facultó el ejercicio legítimo de la violencia frente a todo aquello que atente contra la estabilidad de la “idea moral” establecida e instituida como discurso y como práctica hegemónica e incuestionable. En ese orden, las alteridades étnicas aparecieron casi siempre como marginales al proyecto moral, y por tanto resultaba prioritario someterlas y acomodarlas a los preceptos del progreso, todo ello bajo el argumento incluyente, ético e igualitario que ostentaba promover la modernidad. Como se mencionó líneas atrás, se trataba de otro tipo de violencia, una que atraviesa los planos de lo simbólico, lo político y el discurso de la ciudadanía promoviendo la necesidad de un ciudadano funcional para el nuevo proyecto de estado nación que se agenciaba desde la modernidad.

Lo anterior permite ver cómo la violencia (incluso la violencia simbólica) ha sido una constante del conflicto en el Cauca y bajo ese mismo marco la alteridad ha surgido paralelamente en medio de este escenario de conflicto permanente. Por cierto, un segundo elemento que se pone en consideración en el contexto, parte del análisis del conflicto históricamente presente al interior de los territorios indígenas, porque este según Garcés (2011) “no solo se trata de un asunto de tierras o de posesión de las mismas como fundamentalmente lo ha venido considerando el Estado en sus tradicionales lecturas” (Garcés, 2011, p.3); sino por el contrario, de una dinámica que implica toda una serie de elementos que ahondan aún más la problemática si se tiene en cuenta, como lo afirma el mismo autor, que es sobre “*los territorios ancestrales de los pueblos indígenas* donde mayoritariamente hoy por hoy, se desarrolla la lucha por el control militar y estratégico de los escenarios de conflicto por parte de los diferentes actores armados”. (Garcés, 2011, p.3).

Lo anterior revierte importancia para la disciplina antropológica, si se acepta que actualmente los territorios de las minorías étnicas han pasado a convertirse en una “*base material e ideológica*” imprescindible para el desarrollo del pro-

yecto narco paramilitar, guerrillero y militarista; motivo por el cual, la racionalidad económica e ideológica asociada a estos fenómenos, extiende de manera alarmante y a costa de cualquier precio sus tentáculos y su radio de acción hacia estas áreas, imponiendo un discurso y unas prácticas de terror que apabullan los intereses de los grupos que habitan estos territorios, este accionar, a su vez, silencia y oculta los reclamos, las voces y las memorias subalternas.

Ante tal contexto, la antropología debe tener en cuenta varios aspectos a la hora de abordar este tipo de problemáticas desde un marco de investigación transversal. Entre ellos, la necesidad de establecer un giro narrativo desde el lugar de enunciación disciplinar, esto básicamente significa que la antropología debe evitar a toda costa la pretensión imperativa de autoridad con respecto a la necesidad de hablar por los “otros”, para dar paso a las narrativas a partir de las cuales esos “otros” están empezando a narrarse por sus propios medios (Trouillot, 2011). Para el caso concreto de interpretar el conflicto en el Cauca, lo anterior pasa por considerar la emergencia de otras historias, a partir de una reconstrucción sistemática de narrativas orales, y por intentar descubrir los silencios que constituyen tales narrativas. Este punto emerge como un giro que representa una especie de remiendo, un “bricolaje” o una colcha de retazos compuesta de acontecimientos y sucesos vividos y resistidos por las mismas comunidades en este escenario de violencia y conflicto histórico que quizá es, sino el más, uno de los más complejos del país.

El ejercicio es necesario, no obstante, la vía a seguir no es fácil e implica, por ejemplo, empezar a interrogar sobre las razones y motivos que han llevado a la historiografía regional a “prescindir” de la importancia de efectuar un análisis antropológico, sociológico, histórico y político del problema del campesinado en el Cauca. El cual, por cierto, implica efectuar una nueva lectura al respecto, algo que por ende requiere de herramientas teóricas y políticas para aprehender

e indagar etnográficamente varios aspectos vertebrales, entre ellos: La realidad de las comunidades campesinas mestizas y su imposibilidad de acceso equitativo a la tierra, su posición política en la estructura social-racial regional, sus posibilidades económicas y políticas como grupo social y el análisis de la confrontación de sus intereses frente a los intereses hegemónicos de un latifundio regional que se encuentra anquilosado de forma histórica en la memoria colectiva de la sociedad regional (Garcés, 2011).

El último aspecto a considerar en el contexto del conflicto en el Cauca hace referencia a la importancia del proceso de resistencia que las organizaciones sociales han venido desarrollando a lo largo de casi 40 años de luchas políticas, principalmente en relación con los territorios y las identidades. Al respecto, este aspecto es tan significativo que se puede afirmar que el Cauca es un punto de referencia política y de organización social; quizá porque estos procesos han ido conformando una reconstrucción territorial, política y cultural bastante particular, que a la vez se ofrece como modelo de vanguardia para las luchas sociales, territoriales y políticas del contexto nacional. De ahí la razón para que la antropología preste atención a estas acciones sociales y políticas, sobre las cuales las dimensiones de análisis referidas a las identidades/alteridades, el poder y la cultura gravitan permanentemente.

## CONCLUSIONES

Establecer unas conclusiones frente a un tema tan dinámico y complejo como el encuentro permanente entre los conflictos territoriales, las identidades y las alteridades en una de las regiones de Colombia con mayor riqueza cultural e identitaria como el Cauca, quizá sea un ejercicio casi imposible de adelantar y/o resumir a cabalidad en unas pocas líneas. Sin embargo, es preciso señalar que las vías antes anotadas, en relación con la necesidad de que desde la antropología y desde otros campos disciplinarios, aspectos como las memorias sociales, la identidad, la alteridad y los

juegos constantes de poder, sean tenidos en cuenta a la hora de intentar generar o proponer marcos interpretativos sobre estos fenómenos, aparece como un campo de posibilidad y una veta urgente de trabajo que abriría nuevas puertas a la investigación social en Colombia. Ello en razón que incluso ahora mismo, cuando se habla de paz y posconflicto, lo poco que se ha producido desde la academia y desde los intelectuales, sigue siendo insuficiente en cantidad y calidad, peor aún si se trata de generar nuevos “instrumentos de “compresión y reflexión” encaminados a enfrentar teórica, metodológica y epistemológicamente los diferentes conflictos territoriales que afectan fundamentalmente los lugares donde histórica y ancestralmente se ha desarrollado la vida de las minorías étnicas.

Es de anotar que, si bien existen muchos antecedentes teóricos, etnográficos y de aproximaciones disciplinares al tema, es muy poco lo que en realidad se ha logrado profundizar sobre el mismo, pues generalmente este tipo de estudios han producido aproximaciones someras al asunto en cuestión (poblaciones y lugares específicos) y además se han caracterizado por obedecer a lecturas externas, generalmente producidas por científicos sociales, que a reflexiones hechas desde las mismas comunidades.

En consecuencia, el artículo intenta poner sobre el debate nuevos puntos de reflexión que incorporen enfoques etnográficos traslapados con categorías teóricas (alteridad e identidad), buscando, a partir de ello, superar la clásica descripción etnográfica e intentando “tejer” algunas premisas que posiblemente muestren un camino interpretativo a futuro, cuando de interpretar fenómenos sociopolíticos y socioculturales se trate. Por esta razón, quizá uno de los aportes más importantes es el hecho de destacar que la región donde se ha venido trabajando, el Sur de Colombia, y especialmente el Cauca, permite hacerse a una idea mucho más amplia y a la vez más compleja que exige el esfuerzo de pensar e hilar más fino desde la teoría y desde el ejercicio de trabajo en cam-

po. Lo que aquí se propone, probablemente resulte aplicativo para otros contextos de la realidad nacional, y ojalá así sea, porque ahora, más que nunca, se requiere que la academia, los intelectuales y los investigadores sociales, se acerquen con mayor dedicación y compromiso político a este tipo de problemáticas que otrora, para muchos, han representado una especie de “Kraken” que al parecer atemoriza a todos los que pretenden abordar estos temas.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Agier, M. & Quintín P. (2003). Política, Cultura y Autopercepción: las identidades en cuestión. *Estudios Afro-Asiáticos*, 25 (1), 23-41.
- Barley, N. (1989). El Antropólogo Inocente: notas desde una choza de barro. Barcelona: Anagrama.
- Brubaker, R. & Cooper, F. (2001). Más allá de la identidad. *Apuntes de Investigación del CECyP*, 5 (7).
- Casement, R. (1913). *El Libro Rojo del Putumayo*, London: N. Thomson & Co.
- Comaroff, J. & Comaroff, J. (1992). *Ethnography and Historical Imagination*, Chicago: University of Chicago Press.
- Comaroff, J. & Comaroff, J. (1985). *Body of Power, Spirit of Resistance: The Culture and History of a South African People*. Chicago: University of Chicago Press.
- Conrad, J. (2002). *El Corazón de las Tinieblas*. Madrid: Alianza Editorial.
- Davis, W. (2004). El Río: Biografía de R. E. Shultes. Valencia: Pre-Textos.
- Escobar, A. (2007). La invención del Tercer Mundo: Construcción y deconstrucción del desarrollo. Caracas: Fundación Editorial El Perro y la Rana.
- Findji, M. T. & Rojas, J. M. (1985). *Territorio, economía y sociedad Páez*. Cali: Universidad del Valle.
- Garcés, A.R. (2013). Ordenamiento Territorial y Ambiental en Territorios Étnicos. “El Caso Específico del Suroccidente Colombiano. *Entorno Geográfico*, 9, 54 -74

- Garcés, A.R. (2011). Ordenamientos Territoriales en Territorios Étnicos: ¿Política de Estado o Geopolítica del Conflicto? “un estudio de caso para el sur de Colombia”. Popayán: Universidad del Cauca.
- Gnecco, C. (2011). Discursos sobre el otro. Pasos hacia una arqueología de la alteridad étnica. *Revista CS*, 2, 102-129
- Gnecco, C. & Gómez, H. (2011). *El Ojo del Etnógrafo, una indagación sobre antropología colombiana*. Popayán: Universidad del Cauca.
- Gnecco, C. (2011). De la Arqueología del Pasado a la Arqueología del Futuro: anotaciones sobre multiculturalismo y multivocalidad. *Jangwa Pana*, 10, 26-42.
- Grossberg, L. (2003). Identidad y estudios culturales. En: Hall S., du Gay P. (Ed.), *Cuestiones de Identidad* (148-180). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Gómez, H. & Ruíz, C. A. (1997) “*Los Paeces: Gente Territorio- Metáfora que perdura*”. Popayán: Fundación para la Comunicación Popular FUNCOP, Universidad del Cauca.
- González, C. (2006). “*Resistencias indígenas, alternativa en medio del conflicto colombiano*”. Cali: Sello Editorial Javeriano.
- Gupta, A. & Ferguson, J. (2008). Más allá de la cultura: espacio, identidad y las políticas de la diferencia. *Antípoda*, 7, 233-256.
- Krotz E. (1994). Alteridad y pregunta antropológica, *Alteridades. Unidad de Ciencias Sociales*, 4 (8), 5-11.
- Mignolo, W. (2002). El potencial epistemológico de la historia oral: algunas contribuciones de Silvia Rivera Cusicanqui. En: D. Mato (coord.), *Estudios y Otras Prácticas Intelectuales Latinoamericanas en Cultura y Poder*. (201-212). Caracas: Universidad Central de Venezuela.
- Oslender, U. (2003). Discursos ocultos de resistencia”: tradición oral y cultura política en comunidades negras de la costa pacífica colombiana. Bogotá. *Revista Colombiana de Antropología*, 39, 203-235.
- Porto, J. (2014). Afrodescendientes en Colombia: una revisión de los últimos seis años. *Jangwa Pana*, 13, 131-139.
- Rappaport, J. (2000). *La Política de la Memoria, interpretación indígena de la historia en los andes colombianos*. Popayán: Editorial Universidad del Cauca.
- Restrepo, E. (2004). *Teorías Contemporáneas de la Etnicidad, Stuart Hall Y Michel Foucault*. Popayán: Editorial Universidad del Cauca, Jigra de letras.
- Restrepo, E. (2007). Identidades: planteamientos teóricos y sugerencias metodológicas para su estudio. *Jangwa Pana*, 5, 24-35.
- Restrepo, E. (2011). *Intervenciones en Teoría Cultural*. Bogotá: Universidad Javeriana.
- Robuchon E. (1907) *.En el Putumayo y sus Afluentes*. Lima: Imprenta La Industria.
- Rojas, T. & Barona, G. (2012). “Del dicho al hecho hay mucho trecho” o las vicisitudes de la construcción de una sociedad intercultural. *Jangwa Pana*, 11, 27- 39.
- Ruíz, C.A. (2000). Multiculturalismo, Etnicidad y Jurisdicción Especial Indígena en Colombia: Reflexiones en torno a Comunidades Indígenas Plurales. *Pensamiento Jurídico*, 12, 109-119.
- Taussig, M. (1987). *Chamanismo, Colonialismo y el Hombre Salvaje*. Un estudio sobre el terror y la curación. Chicago: Chicago Press.
- Truillot, M. R. (2011). La antropología y el Nicho del Salvaje: Poéticas y Políticas de la Alteridad. *Transformaciones globales. La antropología y el mundo moderno*. (43-77). Bogotá: Universidad del Cauca – Universidad de los Andes.
- Truillot, M. R. (2004). El Poder en el relato. En M. R. Trouillot (Ed.), *Silencing the past. Power and the production of history*. (13- 36). Boston: Beacon Press.
- Uran, A. (2008). Colombia: Un Estado militarizado de Competencia. Las Fallas Estructurales Para Alcanzar la Explotación Sustentable de los Recursos Naturales. Kassel: Universität Kassel



Vasco, L.G. (1989). *Somos raíz y retoño: historia y tradición guambianas*. Bogotá: Fundación Colombia Nuestra, Universidad Nacional de Colombia, Comité de Historia del Cabildo Guambiano.

Villa, W., Houghton, J., Mesa, O. & Molina, H. (2005). *Violencia contra los pueblos indígenas en Colombia, 1974-2004*. Bogotá: Centro de Cooperación al Indígena.